
Un león llamado Felipe

Héctor Olea

Desapareció tu boina. . .

Era un barco de papel
cuando se empapa,
era el globo nuevo
que rompe el hilo
y escapa.

Hubo exilio y naufragio
en los juguetes.

Y luego la lluvia
borrando mi avión de gis
sobre el asfalto.

Y tantos puntos suspensivos
que marcó tu bastón
en el terrado.

Ahora sí.
Es mejor que te hayas ido
León,
y sin volver la cabeza. . .

Atrás se quedaron: .
el insulto impotente
y unas reatas.

Dos pedazos de gis.
Los dulces de vidrio
y el amor
de las muñecas
olvidados.

Cuando solos
en cohes de madera
de ruedas de baleros,
los obstinados de siempre
muy mojados, León .

En su carrera estridente
y con las piernas raspadas. . .
Aprovecharon como meta
un escrito amarillo:
"Respeto a la Constitución " decía.

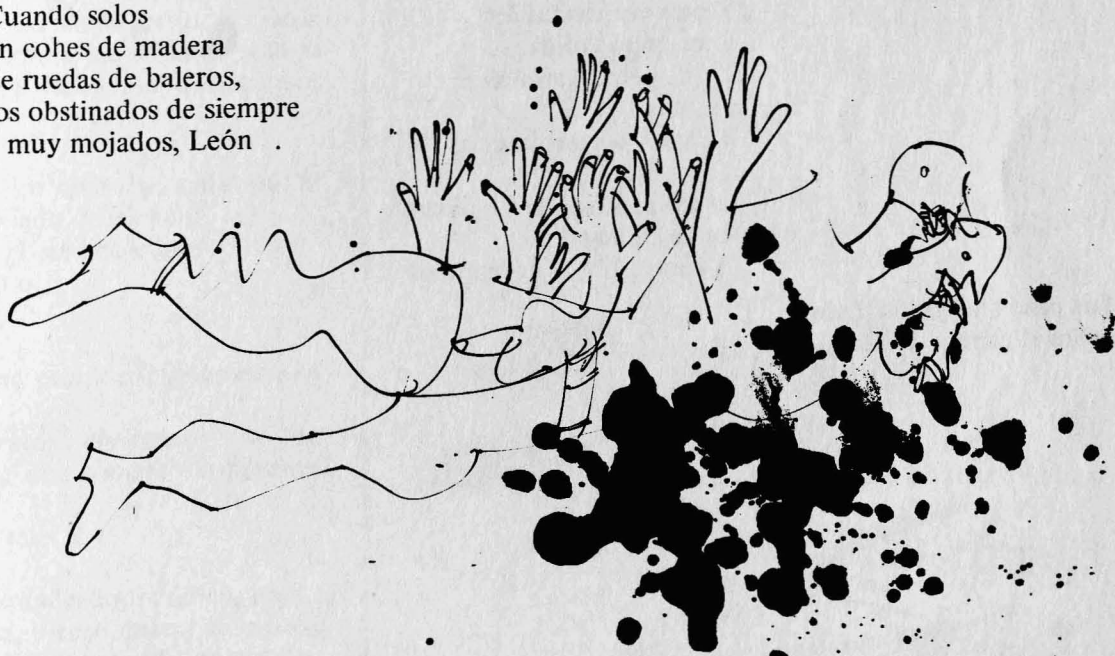
Igual. Todo igual
castellano viejo
a aquel primer exilio.
Cuando los pasos firmes
sobre el camino incierto.

Era una España extraviada
buscando su sombra. . .
Al niño andaluz
de los ojos esfumados,
arrancado de raíz
aún sobre su caballo verde.

Y al rector de los lentes
de carne y de verdad
redondos.

Tú alcanzaste al sol
en el horizonte rotundo.

Más allá de lo injusto. . .



Tocaste esta máscara
festiva
y su color.
Tu nudoso bastón
hurgó este México rompecabezas.
Sin armar.

Luego maduraron
los racimos de días. Tantos años.
Hasta ayer que te fuiste. . .

Y que no pude verte.
Creo que me llevaron
a la luz de las sombras.
Varias horas.
Entre niños sin juguetes
bélicos
y hombres con armas de papel
y cartuchos de tinta,
tras las ramas de fierro.
Me sentía triste
pero porque no pude verte.
Partir.
¿Hacia dónde?

Y pensar que no guardo
la interrogante de tu caña.
Tus últimas palabras
sobre la boina

que se escapa. . .

Y otra vez casquillos
semejando colillas.
Y estoperoles arañando
pasillos. . .
Y signos de admiración
y susto:
las orugas sobre el pasto.
Cerca de aquí
cuatro libros deshojados.

Tus pasos fatigados, León,
sobre el camino cierto, ahora.

Y todo igual
castellano viejo,
a aquel primer exilio.
Todo igual.

